

RELATOS NÁUTICOS

UNA AVENTURA A TRAVÉS DE EUROPA - 2ª PARTE*

“Navegando entre ríos, canales y esclusas”



Rafael Calvete y Elisabeth Norell

Hoy se ha cumplido el gran milagro. ¡Hemos llegado a Francia! Tocaré “pain riche” y “foi”, tal vez también queso y lo que encontremos porque no estamos precisamente a dieta. Está claro que si pasamos por diferentes países, con sus productos

gastronómicos y sus especialidades ¡habrá que probarlos! Así hablaremos con conocimiento de causa y podremos decir si nos gusta o no gusta. De momento nos gusta todo y no ponemos cara de asco a nada. Lo único que no hemos podido probar todavía han sido los mejillones con patatas fritas, tan típico en Bélgica y en Francia, y a los cuatro se nos había antojado pero decían que eso era cosa de los del norte, o sea, de los flamencos, y nosotros hemos estado lidiando con los valones.

El caso es que hemos llegado al país del “parlez vous” y nada más entrar hemos notado las cosas ligeramente diferentes. De momento, en el paso por la “frontera”, en Givet, hay que pagar. En Holanda navegar por ríos y canales es gratuito, en Bélgica, si solo vas a cruzar también, pero en Francia hay que pagar impuesto navegues, pares, cruces, o hagas lo que hagas. Abonamos un mes con la esperanza de poder llegar al Mediterráneo en ese tiempo. Ya llevábamos casi otro mes de viaje. También nos dejan un mando para abrir las esclusas de forma automática. Es curioso como países tan cercanos

* La primera parte de este relato se publicó en ALTEA NÁUTICA 13, en diciembre de 2019, trayecto por Holanda y Bélgica.



pueden llegar a ser tan lejanos. Holanda es amabilidad, pulcritud y a la vez un poco "mañana, mañana"; Bélgica es amabilidad y un poco desastre; Francia ya se verá. De todas formas por nuestra experiencia en otros viajes diríamos que los franceses son un encanto.

Hoy hemos tardado siete horas en recorrer 35 kilómetros. Todo sin grandes complicaciones pero las esclusas llevan su tiempo. Ahora son pequeñas, caben dos o tres veleros como mucho, pero aun así hay que vaciar esclusa, abrir compuerta, meter el barco, amarrarlo, llenar esclusa, abrir compuerta, soltar el barco y seguir el camino. Estamos escribiendo unas notas del viaje en la bañera del barco, en un lugar llamado Vireux-Molhain, al tiempo que tomamos un vino con Alfonso y Lourdes. Vinitos, gin-tonic y un poco de relax después de una larga travesía al tiempo que intentamos solucionar los problemas de la jornada.

El primero de ellos fue que el mando de las esclusas no funcionaba y había que cambiarlo a toda costa. De ello se encargó el responsable de la "marina", y lo pongo entre



comillas porque esto no es un puerto, solo un atraque con luz y agua. Pero había lavadora y secadora y aunque el jefe cierra a las siete, Lourdes se lo "ligó" y no hubo problema. Deja la puerta abierta sin más. Llenamos agua, enchufamos la luz, aceite para el motor y a esperar la cena preparada por Rafa. Todos los manuales lo indican y también nos lo habían advertido muchas de las personas encontradas en el camino; en Francia los ríos y canales son diferentes. De momento nada más entrar en el país, el río se estrechó considerablemente y la profundidad mermó, por lo que había que estar atentos.

Llegamos también a nuestro primer túnel, largo y oscuro en donde solo faltaba el acomodador. ¡Súper! Hemos hecho una foto de portada. Habíamos cogido un atajo, el obligatorio, ya que el río en esa zona está destinado a una central nuclear, y el camino de cualquier barco lleva a un mini canal por el que sin duda nos hemos ahorrado varios kilómetros. La idea era llegar a Fumay pero ni de broma. Hemos tenido que parar en un pequeño pueblo con asentamientos romanos así que podemos sentirnos como los conquistadores de antaño. Aquí no hay nada, sólo una sorprendente oficina de turismo, un supermercado y un atraque con comodidades más que suficientes. Está claro que esto empieza a ser una travesía romántica en la que las prisas y la vida moderna sobran. Nosotros a lo nuestro. ¡A la conquista del Mediterráneo!

Vireux-Molhain no tiene nada de particular salvo unos asentamientos romanos que fueron descubiertos en 1977 y que datan del siglo IV antes de Cristo. Es un pueblo con una calle que sube y otra que baja, un muelle para los barcos, con luz y agua, duchas, lavadora y un responsable encantador. ¿Qué queremos la puerta abierta? Se queda abierta. ¿Qué hay que poner más de una lavadora? Se pone. El capitán de la "marina" es un hombre gordo, con una sonrisa eterna en la boca y que no duda en darnos todo tipo de facilidades. El pueblo tiene también un supermercado, donde los hombres fuimos a comprar un Paté de Canard que enseguida se convirtió en historia, y una de las oficinas de turismo más espectaculares que hemos visto sobre todo teniendo en cuenta que estamos en un pueblo en el que viven como mucho cuatro gatos.

Al día siguiente fuimos a Verdun por una combinación de ríos y canales, con sus esclusas, claro está. Este tramo lo ha hecho mucha gente antes que nosotros y no tiene mayor problema, además es muy bonito. Sería bueno informarse de los pueblos y ciudades por los que se pasa, sobre todo en el tema cultural, ya que hay unos cuantos con mucha historia que no deberíamos dejar de visitar. Es curioso como países tan cercanos luego pueden llegar a ser tan lejanos. Holanda resultó algo serio y muy organizado, y a la vez un poco "mañana, mañana...", además de mucho orden y pulcritud. La parte de Bélgica que habíamos atravesado, mayormente la región de Valonia, fue amabilidad y un pelín desastre; y Francia ya veremos.

De todas formas por nuestra experiencia en otros viajes por este maravilloso país, hay que decir que los franceses han sido siempre un encanto. Seguimos navegando contra corriente hasta Charleville-Meziers, donde llegamos sin problemas superando las esclusas automáticas con relativa soltura. Se me había olvidado decir que aquí casi todas las esclusas son automáticas. Cuando pagamos el peaje en la frontera entre Bélgica y Francia para poder navegar por los ríos, canales y esclusas de este último país, nos prestaron un mando a distancia para poner en marcha de forma automática las esclusas por las que teníamos que pasar. Se abren cuando aparece la luz verde, entras y amarras el barco, tiras de la palanca azul, se cierra la esclusa, entra un buen chorro de agua que la llena, y cuando todo está listo, se abre la otra compuerta y a seguir viaje. Todo automático.

Al día siguiente sabíamos que se nos presentaría una jornada infernal con esclusas cada cien metros, más o menos. Ya sé que es exagerado pero la realidad supera a veces la ficción. La idea era poder llegar al lugar donde empezábamos el

descenso hacia el Mediterráneo y así todo sería más fácil. Sin embargo, comprendimos muy pronto que no llegaríamos a tiempo ya que las esclusas no estaban llenas de agua, había que esperar y además nos fuimos encontrando con varios barcos en sentido contrario con lo que el tiempo de espera se duplicaba cada vez más.

También sabíamos que a partir de aquí entrábamos en el Canal de Les Vosges que nos llevaría a enlazar con el Río Saône. Un canal con 147 kilómetros y algo así como 140 esclusas, lo que significaba que a cada kilómetro nos íbamos a encontrar con una. Hacia la mitad del camino fueron todas de subida y luego todas de bajada, y aunque estas últimas fueron más sencillas la jornada en si resultó agotadora.

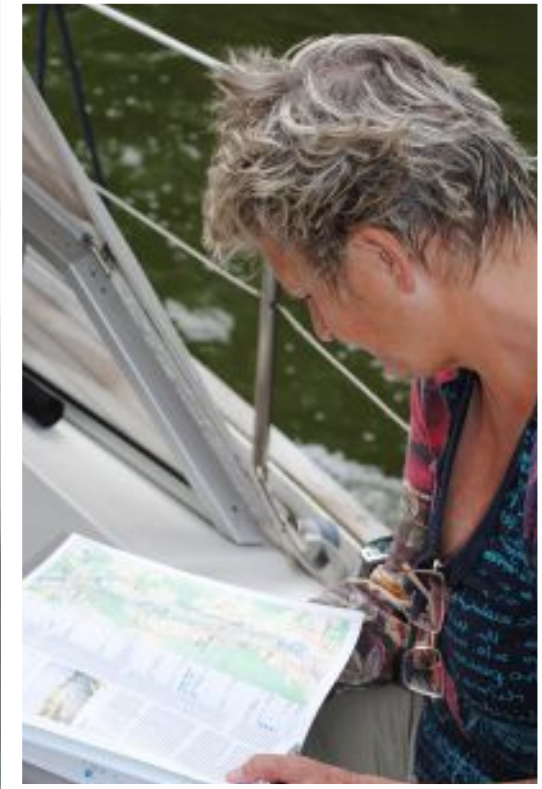
Por fin llegamos a Verdun, uno de los muchos lugares que aún recuerdan los trágicos años de la Primera Guerra Mundial. Aquí atracamos en compañía de nuestros compañeros de viaje holandeses, aunque ellos a la mañana siguiente continuarían su camino en solitario. Nosotros nos quedamos unos días para descansar y hacer un poco de turismo, aunque estábamos seguros que volveríamos a encontrarnos con ellos a lo largo del viaje antes de desembocar en el Mediterráneo.

Verdun resultó ser mucho más que lo dicho anteriormente. Hoy en día es una ciudad abierta y alegre, llena de tiendas y restaurantes y con una animada vida nocturna. El río atraviesa la urbe ofreciendo un atraque gratuito en pleno centro, con luz y agua incluidas, aunque las plazas son muy restringidas. Lo bueno de viajar de esta forma es que no hay dos días iguales y nunca sabes las sorpresas que te deparará la jornada venidera.

Después de pasar el fin de semana en esta ciudad salimos hacia Saint-Mihiel con tiempo para llegar a la primera esclusa a las nueve en punto donde ya había una motora esperando. No pasa nada, siempre y cuando haya sitio para los dos y no tengas que esperar al siguiente turno, y menos aun cuando nos esperan 17 esclusas a lo largo de los próximos 30 kilómetros. Lo peor de todo es que los últimos 12 kilómetros antes de llegar a St. Mihiel estaban todas seguidas, a menos de 500 metros la una de la otra. Estábamos mentalmente preparados y además el día amaneció con sol y calor. Total, 17 esclusas ¡eso no es nada!

Por fin llegamos a St. Mihiel sobre las cuatro de la tarde con lo que había tiempo para una visita al pueblo antes de que cerraran las tiendas. En la Oficina de Turismo nos atendió una joven entusiasmada de oír hablar español, y nos dijo que su novio era alicantino, e intentaba siempre practicar nuestra lengua cuando podía. El pueblo tiene una impresionante abadía y también una biblioteca histórica de relativa importancia, y en la parte vieja quedan algunos edificios renacentistas con calles que recuerdan a uno de sus hombres más ilustres Ligier Richier, un gran imaginero de la zona. De hecho St. Mihiel fue desde sus comienzos una localidad muy artística en la que se trabajaba el oro para hacer joyas y también los tejidos para los trajes de los ricos de antaño.

De camino a Commercy, a unos 18 kilómetros, a la altura de un pequeño pueblo llamado Lay St. Rémy, alcanzamos un túnel, el más largo hasta el momento que habíamos tenido que cruzar, con más de 800 metros de longitud. La dirección en este túnel está regulada con un semáforo y



afortunadamente estaba en verde. Hasta el momento todo había lucido de un verde fantástico, con lo que el tiempo de espera ante las esclusas era inapreciable. Y así llegamos al tramo de las doce esclusas seguidas.

Nuestra preocupación el día anterior había sido el tiempo, el no tener tiempo para poder pasar todas las esclusas en una sola etapa, pensando sobre todo en qué no había ninguna zona de atraque a lo largo del recorrido. Pero la verdad es que íbamos sobrados. La primera sorpresa fue la dirección de la esclusa, ya que esta no era de subida como todas hasta el momento, sino de bajada. La segunda era que el operario de las compuertas se había quedado con nuestro mando a distancia para abrir las pequeñas compuertas. Todo automático, todo automático, insistía aquel señor. Bueno, ellos sabrán y nosotros a bajar. Es mucho más fácil bajar el barco por una esclusa que subirlo.

El primer atraque fue más sencillo y el proceso menos movido y bastante más rápido. Doce esclusas de bajada hasta Toul, una detrás de otra, y de cuando en cuando un operario atento para evitar problemas. Está claro que con tanta tecnología por medio es imprescindible vigilar su funcionamiento porque si en el proceso hay un atasco se puede liar una gorda ya que en los canales no hay amarres ni espacio suficiente para poder manejar los barcos a gusto.

Íbamos tan bien que empezamos a cronometrar el tiempo que tardábamos en pasar cada esclusa. Lourdes se encargaba de echar el cabo en el noray de popa, yo saltaba a tierra para coger el cabo que Elisabeth me lanzaba desde la proa, y Alfonso, como buen patrón, manejaba el barco en la esclusa, que tenía lo suyo. Finalmente todo iba saliendo a la perfección. Primero tardamos unos 15 minutos en bajar por la esclusa, con amarre incluido,

pero ese tiempo se iba acortando a medida que cogíamos práctica, técnica y confianza. Nuestros compañeros de viaje, la pareja holandesa, también se iban soltando así que cuando bajamos la última esclusa, ya de entrada en Toul, nuestro tiempo récord llegó a ser de 5 minutos. ¿Tal vez un Record Guinness?

Y entramos a Toul alucinando, su marina llamada Port de France, era bien grande, cómoda y con los servicios esenciales aunque lo de internet seguía siendo un misterio por estas latitudes. Llegamos a las 15:15 horas, muertos de hambre, así que lo primero que hicimos fue la comida y luego un merecido descanso aunque fuera bajo la lluvia que se empeñaba en caer ese día.

La ciudad resultó muy agradable, llena de edificios antiguos y con una parte vieja que estaba rodeada de murallas que antaño servían de defensa en las continuas invasiones. Destaca sobre todo la Catedral de Saint Étienne construida a lo largo de 300 años, de ahí su variado estilo. Lamentablemente las dos grandes guerras dejaron también aquí su huella.

Después de doce horas de travesía y 112 kilómetros en el cuerpo con cinco esclusas con altura media de 12 metros, creo que estábamos demasiado cansados para hacer nada. Solo destacar que estas últimas esclusas fueron "con ascensor" lo que significa que el noray sube o baja con el barco, y que nos permitió que el amarre fuera más fácil. También he de recordar que hemos entrado en tierra de vinos aunque en Francia, al igual que en España, el vino está presente en cada rincón de la tierra. Sin embargo aquí los viñedos destacan a orillas del río Rhône (Rodano), que es el que nos iba a llevar al Mediterráneo.

Saliendo de Toul ya había cola para la esclusa. El dueño de la motora Kaimaan, un típico alemán, se había hecho el rey del lugar así que estaba organizando las salidas. A él le hubiera tocado el primero ya que había sido el más madrugador pero cedió su puesto a otros dos barcos holandeses, amigos entre ellos, y se puso a la cola con nosotros. No estábamos seguros de que fuéramos a caber en la esclusa con esa mega-motora, a la que sólo le faltaba un helicóptero en su cubierta, pero no tuvimos problema. Él y su mujer iban también al Mediterráneo pero claro, con esa embarcación llegarían antes que nosotros.



Enseguida entramos en el Moselle, un río grande que sirve de vía fluvial para las gabarras con mercancías. Y de vuelta hacia arriba. Subimos 5 metros y en la siguiente más de 7. Afortunadamente no había gabarras sino solo los barcos pequeños que habíamos salido de Toul. Desde que entramos en Francia, estábamos algo desconcertados. No se parecía en nada, o casi nada, a lo que conocíamos de este país, y tampoco de sus gentes. Habíamos parado en Vireux-Wallerand, donde quedamos atascados en la esclusa de Fepin.

También habíamos conocido la solitaria y triste ciudad de Revin y disfrutado de la ciudad de Charleville, e incluso fuimos a un original concierto de órgano antiguo en la catedral de Mouzon, pero nada encajaba. Repito, esto no parecía la Francia que nosotros conocíamos. Sus pueblos y sus gentes no tenían la organización férrea de las ciudades del norte y del oeste del país, y mucho menos la alegría y el folclore de los del sur, y ¿entonces qué?

Quisiera que los lectores entiendan que comentamos todo esto con respeto y cariño. De la misma forma que los propios franceses le sacaron jugo a la película "Bienvenidos al norte", de forma humorística y sin herir a nadie, a nosotros también nos resulta gracioso y queremos compartirlo. Y añadir también, que nos trataron con gran amabilidad y que si no dicen más que media palabra es porque su forma de ser es como es.

Al día siguiente, después de salir de Toul, el mistral seguía empujando rumbo al sur, lo que motivó una corriente a favor que hizo que fuéramos algo más rápido. Y bueno que fue, ya que teníamos más de 80 kilómetros hasta llegar a Lyon, lo que en una sola jornada se puede hacer muy cuesta arriba si no se tiene algo de ventaja. Además, solo dos esclusas, así que estábamos seguros de conseguirlo. Al margen del viento, hay que decir que hacía buen tiempo por lo que nos relajamos por el río para poder contemplar su hermoso paisaje y la naturaleza que encerraba aquel lugar.

Y, seguidamente, hicimos nuestra entrada triunfal en la capital del sur de Francia. Una entrada que resultó ser más larga que un día sin pan. Casi 8 kilómetros hasta llegar a la marina donde queríamos atracar. Porque a pesar de que las guías indicaban específicamente



que no había un puerto deportivo en Lyon, ahora si lo hay. También decir que se había inaugurado hacía tan solo medio año, así que es normal que no apareciera en las guías en aquel momento. Se trata de una marina moderna, limpia y con todas las comodidades, y además se encuentra muy cerca del centro de la ciudad, con un transporte público en condiciones.

Y llegó de nuevo la hora de hacer turismo. Estábamos en la tercera ciudad más grande de Francia, con casi dos millones de habitantes, una urbe industrial por excelencia, pero también la imagen culta y gastronómica del país. El nombre de Paul Bocuse está presente en cada esquina de esta antigua villa romana. Y, una de las visitas obligadas fue al Mercado que lleva su nombre. Exquisiteces a más no poder por lo que se nos hacía la boca agua, pero como los precios eran prohibitivos, que casi daban risa, nos cortamos un poco a la hora de pedir. Un módico menú por 300 € para dos personas, sin bebida, era una de las opciones que se barajaban en este mercado abierto a la imagen y semejanza de la Boquería de Barcelona, o de Plateau en Madrid.

Dejando esta pequeña anécdota a un lado, decir que la historia de Lyon se remonta a la época de los romanos que han dejado en este lugar un magnífico teatro el cual es utilizado en verano para festivales culturales. Y muy cerca de ahí se alza la Basílica Notre Dame de Fourvière que es un auténtico espectáculo y que ofrece una hermosa vista sobre la ciudad desde sus jardines. Para subir lo mejor es utilizar el funicular pero la bajada hacia la parte vieja de la ciudad se recomienda hacerla a pie, ya que es más agradable. Y es en esta parte de la ciudad donde descubrimos por qué Lyon forma parte del Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Sus edificios, callejuelas y rincones son encantadores y nos recuerdan también que es en esta zona donde hace siglos se acumulaban más de 18.000 telares de seda que constituían uno de los grandes comercios de la ciudad. Sin embargo, Lyon desde siempre tuvo un emplazamiento estratégico al encontrarse justo en la confluencia de los ríos Saône y Rhône. Sobra decir que deambular por las calles de su Barrio Viejo, o por los alrededores de la Place Bellecour, es una auténtica gozada.

A estas alturas del viaje, la navegación que seguíamos ya era coser y cantar. Estábamos en el río Saône, con anchura y profundidad más que de sobra, y además con pocas esclusas. Pero por si eso fuera poco teníamos la corriente a nuestro favor, además del viento que nos iba empujando hacia el sur. En total 70 kilómetros en un tris, lo que comparado con los 10 o 15 kilómetros que tuvimos que hacer en el canal de Les Vosges, debido a las decenas de esclusas diarias, resultó mucho más agradable.

Parecía que volvíamos a la civilización. Las ciudades, al margen de que eran cada vez más grandes, también se animaban con gente en las calles y las tiendas abiertas como fue el caso de Chalón sur Saône. Da fe de ello el hecho de que nos encontrábamos con más de un pequeño crucero lleno de turistas que suponemos salen de Lyon para pasear al personal por estos lares. El paisaje es tal vez algo monótono pero no deja de ser agradable y así lo ven también los propios franceses que no desperdician un segundo para disfrutar de algunas de sus aficiones como es el camping, la petanca y la pesca en el río.

Este río, al igual que todos los demás de la zona, se iba abriendo camino como una serpiente moviéndose a través de la naturaleza. Así el kilometraje se hacía eterno pero para algo está la mano del hombre que evitó muchos recovecos construyendo canales que acortaban este tramo considerablemente. A modo de ejemplo podríamos decir que en uno de estos canales nos ahorramos 10 kilómetros, lo que significó una hora menos de travesía. Además hemos vuelto a las esclusas grandes ya que por aquí circulan tanto gabarras de carga como grandes barcos que llevan a los turistas de una ciudad a otra.

Y en seguida llegamos a Aviñón. No es desde luego ciudad para un solo día o dos, así que habrá que volver en otro momento, aunque sea en avión, o en coche. Tiene monumentos históricos de gran importancia, museos más que interesantes y un ambiente considerable. Nunca pensamos ver tanto turista en esta ciudad pero es lo que tiene, muchos visitantes con ganas de conocer cultura. La verdad es que todos nos hemos quedado bastante impresionados, ya que en cada rincón parece que siempre vas a encontrar algo nuevo.

Todo el mundo sabe que la ciudad de Aviñón fue residencia de los Papas en 1309, cuando se encontraba bajo el gobierno de los reyes de Sicilia pertenecientes a la Casa de Anjou. Diez años después, Clemente VI compró una residencia a la reina Juana I de Sicilia, y así Aviñón permaneció como propiedad papal hasta 1791 cuando fue incorporada a Francia durante la Revolución Francesa. Como anécdota decir que el palacio papal, o Palais des Papes, es la más grande de las construcciones góticas de la Edad Media, de un tamaño tal que casi hace pequeña a la Catedral, con una superficie de 15.164 m².

Cuenta además con el famoso Festival Internacional de Teatro, aunque hoy es un festival de artes escénicas, y fue fundado por Jean Vilar en 1947. Está considerado como el más antiguo y célebre de Francia y uno de los de mayor tradición y raigambre en Europa. Hasta 1964 este festival se realizaba en un solo espacio, en La Cour d'Honneur del Palacio Papal. Al principio, destacó por romper con la tradición de los festivales franceses que tenían como único referente París donde el repertorio de obras representadas era clásico.

Esa noche salimos a cenar los cuatro con nuestros amigos holandeses Ingrid y Peter, y nos encontramos con un buen ambiente en la ciudad. Nos sentamos en un pequeño y típico restaurante francés con una terraza muy agradable y fue, sin duda, una gran noche para nosotros ya que cada vez quedaba menos kilómetros para llegar a nuestra meta. Ya solo dos días.

Sí, hay que decir que nos encantó Aviñón, nuestra siguiente parada sería Arles, que nos habían dicho que era todavía más bonita y con mucha marcha. En el centro de Arles no hay marina ni nada de nada para poder atracar, pero lo que sí hay es un barco restaurante en el centro del río (el Peniche) donde puedes abarloarte a él, siempre y cuando te comprometas a comer o cenar ahí. Ese era el trato, y desde luego lo tuvimos que cumplir. Claro que de haber sabido la marcha que ofrecía la ciudad aquella noche no sé yo..., aunque de todas formas era nuestra única posibilidad de quedarnos en el centro de Artes.

La ciudad tiene un teatro y anfiteatro romano espectacular, una zona vieja llena de calles y callejones con muchos bares, tiendas y restaurantes, además de infinidad de gente paseando por todas sus esquinas. Hemos llegado un sábado así que la animación fue total. Y, si a ello le añadimos que se celebraba la noche de la música, ya se puede uno imaginar. Un paseo por el centro fue suficiente para comprender que aquí sí que hay diversión.

A la mañana siguiente volvimos a la ciudad para conocerla un poco mejor y con la luz del día. Esta ciudad, que es bastante estratégica, se encuentra en el corazón de La Provenza y ofrece además múltiples paisajes que merecen la pena. También es la puerta de La Camargue, uno de los parajes naturales más bonitos de Europa con una flora y fauna que es excepcional. Desde el principio se puede ver que se trata de una antigua ciudad, fundada por los griegos en el siglo VI a.C. bajo el nombre de Theline. Esta urbe fue conquistada por los celtas saluvios, los cuales le cambiaron el nombre por el de Arelate, y está situada junto al cauce del Ródano en las puertas del delta más grande de Francia.

En el siglo XIX, con la llegada del ferrocarril, la mayor parte del comercio fluvial se vio afectada, causando el declive económico en Arles. La tranquilidad que esto produjo en la ciudad atrajo al pintor Vincent van Gogh quien llegó en febrero de 1888. Su fascinación por los paisajes provenzales hizo que pintara más de 300 cuadros y dibujos durante su estancia aquí. Muchas de sus obras más famosas fueron hechas en Arlés, e incluyen oleos como "Café de Noche", la "Casa Amarilla", "Noche Estrellada sobre el Ródano", y "L'Arlesienne", entre otras obras.

Pocos años después de su llegada a Arles, su gran amigo Paul Gauguin le visitó y paso una etapa de su vida con él. Pero poco a poco la salud mental de Van Gogh se deterioró y se convirtió en una persona muy excéntrica. No fue él quien se cortó la oreja, como muchos piensan, la mutilación fue producto de un malentendido con su amigo francés, que acabaría marchándose de La Provenza por el miedo que le provocaron los trastornos del genio holandés. Una pequeña disputa con Van Gogh sobre una nueva obra de éste culminó con el desgraciado accidente en diciembre de 1888, por lo que los ciudadanos de Arlés emitieron una petición para que el pintor fuese internado en un asilo.

Dejando a un lado esta curiosa historia y la hermosa villa de Arles, decir que ese mismo día continuamos viaje al sur. Lo que en principio tenía que ser una jornada corta de 40 kilómetros, hubo que dividirla en dos etapas para poder llegar a la esclusa de Port-Saint-Louis, que abre solo cinco veces al día. Un joven alemán que viajaba en solitario desde su país quería acompañarnos y salir hacia las 12 del mediodía así que decidimos ir juntos. Luego nos dieron las 14 horas, pero ya daba igual. Cuarenta kilómetros era poca distancia, un tranquilo paseo después de lo vivido... y llegaríamos a tiempo.

Hemos navegado más de 1.600 kilómetros por algunos de los ríos y canales europeos más importantes, y nos hemos enfrentado casi 250 esclusas, que primero nos subieron tierra adentro para luego bajarnos de nuevo al nivel del río. También hemos visitado muchos pueblos y muchas ciudades donde hemos probado sus exquisiteces culinarias, y hemos hecho amigos a lo largo del camino. Pero sobre todo, hemos



engrandecido nuestra visión del mundo enriqueciendo nuestros conocimientos todavía más. Y aunque esto no ha sido un recorrido fácil, de hecho hemos hecho un auténtico máster en esclusas, fue una gran experiencia que sin duda alguna, merece la pena volver a probar.

Y por fin, hemos llegado a Port Saint Louis. Ahora queda volver a colocar el palo en el "Inspiration" y poner rumbo a España para navegar como Dios manda. Pero esa será otra historia.